

ECOS MEXICANOS DEL CENTENARIO DE UNAMUNO: UN CUENTO DESCONOCIDO

Algo bueno queda de los centenarios famosos, no sólo los actos públicos de lucimiento y la grave oratoria. La revalorización y la renacida actualidad de las grandes figuras, ya distantes, vuelve los ojos a la lectura. Se encuentran nuevas vetas de pensamiento, siquiera algo no visto antes en el estilo, o se juntan piezas nuevas para redondear la obra. De todo esto hubo en el centenario de Unamuno, por lo que toca al ámbito mexicano.

La primera en abrir los fuegos del centenario unamuniano fue la revista *Horizontes*, que edita la Librería Patria, en cuyo número doble del 15 de febrero al 15 de abril de 1964, publicó el ensayo de Alfonso Reyes "Mis relaciones con Unamuno". El ensayo ya era conocido por su publicación en la segunda serie de sus *Marginalia* (México, 1954); pero divulgado ahora en un órgano publicitario de gran tiraje, llamó indudablemente la atención de los lectores, entre ellos el que esto escribe. En efecto, desde abril comencé a preparar unos *addenda* a la monografía de don Manuel García Blanco: "El escritor mejicano Alfonso Reyes y Unamuno", publicada primero en Madrid en 1955 (*Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 71) y luego en México, el año siguiente, en el "Archivo de Alfonso Reyes", serie F (*Documentos*, nº 1). Mi trabajo se publicó en el *Boletín de la Biblioteca Nacional*, con el título "Más sobre Unamuno y Reyes", en la entrega de julio-diciembre (nº 3-4 del tomo XV). Las aportaciones ahí se reducen a fechas, dedicatorias y relación amistosa.

Mientras tanto, *El Nacional*, en su Suplemento Dominical "Revista Mexicana de Cultura", 12 de abril, publicaba un sustancioso artículo de Luis Noyola Vázquez sobre los "Primeros ensayos de Unamuno" (nº 889, p. 1), y *El Gallo Ilustrado*, Suplemento Dominical de *El Día*, dedicaba todo su nº 118 (27 de septiembre) a la fecha centenaria. "En las proximidades de Unamuno" tituló su ensayo el joven filósofo Emilio Uranga, en el que desarrolló temas tan sugerentes como "el Unamuno monumental", "La ternura española de Unamuno", "Unamuno, México, la Historia y el Arte", "Unamuno pacifista" y "el Bilbao mercantil de Unamuno". Vicente Lascurain trató ahí mismo de "Miguel de Unamuno y la santa

palabra creadora". También se reprodujeron un fragmento de *El Cristo de Velázquez* y los sonetos *Castilla* y *Sangre del espíritu*.

De septiembre también fue el número de *La Gaceta* (del Fondo de Cultura Económica) que publicó en su primera plana una colaboración original del doctor Juan David García Bacca, "Don Miguel de Unamuno, *In Memoriam*", en la que se traza un paralelo entre Unamuno y Sócrates. Vale señalar que el mismo mes, el Fondo de Cultura Económica lanzó la segunda edición de *El pensamiento de Unamuno*, de S. Serrano Poncela (*Breviarios*, n° 76), cuya primera impresión estaba completamente agotada. El Fondo de Cultura Económica publicó también, en su "Colección Popular", una *Antología* de textos de Unamuno, seleccionados por su prologuista, el filósofo español José Luis L. Aranguren.

El 7 de octubre apareció el Suplemento n° 138 de *Siempre!*, "La Cultura en México", enteramente dedicado al centenario del nacimiento de don Miguel y a sus relaciones con México. Un ensayo del firmante presentó un valioso documental literario y gráfico: "Mi visión primera de México" y "La biblioteca de mi padre", páginas de Unamuno ligadas a México; se reprodujo el "Unamuno dibujante", de Alfonso Reyes, ilustrado con los dibujos unamunianos, entre ellos una autocaricatura publicada en la *Revista Moderna* en 1903, de la cual no se tenía noticia. En "El epistolario mexicano de Unamuno" se incluyeron cartas dirigidas por el Rector al poeta Amado Nervo y a los escritores Jesús E. Valenzuela y Artemio de Valle Arizpe. Fotografías poco conocidas y caricaturas de Bagaría y Toño Salazar completaban el material gráfico.

La Biblioteca Nacional montó una exposición con las ediciones mexicanas de Unamuno, con las dedicatorias autógrafas del escritor para Alfonso Reyes y ampliaciones fotográficas del epistolario sostenido entre ellos. Orgullo de la Biblioteca Nacional son la fotografía autografiada y la página manuscrita que Unamuno envió especialmente a la institución, "en recuerdo de los libros mexicanos que de niño leyó". Ambas se han reproducido en el artículo del doctor Manuel Alcalá, "Unamuno y la Biblioteca Nacional", publicado en el *Boletín* de julio-diciembre. Ciclos de conferencias se organizaron en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de México y en el Ateneo Español de México. Cabe destacar en el primero de ellos la conferencia de Manuel Alvar y, en el segundo, la de Carlos Blanco Aguinaga. La Universidad de Nuevo León publicó en su órgano *Vida Universitaria* (13 de diciembre) "Miguel de Unamuno el hombre", de José Núñez Castañeda, y las

ediciones del Centro de Estudios Humanísticos de la misma Universidad anunciaron la publicación, hoy ya realidad, de la obra del filósofo cubano Huberto Piñera sobre *Unamuno y Ortega y Gasset*. Finalmente, el autor de estas líneas, localizó siete piezas epistolares de Unamuno para Nervo, publicadas luego en el *Anuario de Letras*, año IV, correspondiente a 1964, como apéndice a la investigación titulada "De Unamuno y Nervo". Ahí se reconstruye con datos bibliográficos y del epistolario, no sólo la relación amistosa y literaria existente entre ambos escritores, sino también la historia de las colaboraciones de Unamuno en la *Revista Moderna*.

Entre las colaboraciones que Unamuno envió a dicha revista merece señalarse con especial interés el cuento "De beso a beso", nunca recogido por Unamuno en sus libros, ni en las *Obras completas* juntadas por sus devotos compiladores. Se publicó en la segunda quincena de julio de 1903, vol. VI, nº 14, pp. 214-217, tal como se indica en la nota 13 del trabajo últimamente citado. Se publica ahora acompañado de la fotografía de Unamuno que la misma revista reprodujo en septiembre del mismo año, imagen contemporánea del Unamuno autor del cuento, también desconocida en la iconografía el Rector de Salamanca.

No es nuestra intención el pronunciarnos ahora sobre los méritos de dicho texto. Es bien sabido que raras veces los autores dejan perder obras maestras en la prensa periodística. Si Unamuno olvidó este cuento, es por seguro que lo consideró olvidable; pero ese criterio no puede ser el de sus críticos y actuales editores.

ERNESTO MEJÍA SÁNCHEZ

Instituto Bibliográfico Mexicano
Facultad de Filosofía y Letras.

DE BESO A BESO

Por Miguel de UNAMUNO

Por fin rompió Carlos con todo en la ciudad y se amparó en el campo, por si aún le quedaba cura. Cortó con sus hábitos y costumbres, y sobre todo, dejó el alcohol urbano por la leche campesina. No le creyó para tanto desgarrar su amigo y médico Joaquín, ni se hubiera jamás figurado que habría de hacerle tanta meña y

acuitarle tanto el ánimo el réscipe tremendo que, para amedrentarlo, le endilgó la noche aquella. Al saberlo, dijo el médico: ¿Se pone en cura? Sanará. Sólo temo de esa extraña melancolía.

Se instaló en su casita y tomó a un mozo, italiano, para que le atendiera y sirviese. Y el mozo cobró al punto una adhesión estrecha y fuerte a aquel señor silencioso y grave, que le hablaba lo menos posible, pero con blandura y consideración siempre, y que jamás hacía pesar sobre su criado la autoridad del que paga para que lo sirvan.

Por fuerza tuvo que relacionarse Carlos con el cura, el médico y el maestro del lugar y con alguno que otro propietario; pero rehusó concurrir a las sesiones de tresillo, y esto, junto con aquel corretear de continuo por los encinares, vagando por ellos a la ventura, empezó a valerle fama de raro.

Era un señor muy raro, sin duda; para el pueblo aquel, se entiende. Era lo que le decía el médico: "Debe usted marcharse de aquí. El demonio se le ocurre salir de paseo a la hora de la siesta, en verano: escribir en el campo... El campo no es para pasear, sino para trabajarlo; pasear es insultar al que trabaja..."

Sólo le quería y respetaba la pobretería del pueblo, los desvalidos y menesterosos, a los que socorría a manos llenas y consolaba con palabras, pocas y dulces. Y esto irritaba aún más a los principales, porque era un mal ejemplo con que alimentaba la vagancia y provocaba comparaciones en el ánimo de los pobres. Añádase que no oía misa, y eso de ser caritativo y dulce consolador con los pobres y no cumplir con los preceptos eclesiásticos, eso es muy grave: corrompe la moral. Y luego daba en pararse con los niños, en acariciarlos y regalarles golosinas y chucherías, en hablar con los mendigos y escuchar las garcerías de las comadres. Decididamente, era un hombre funesto que había ido a trastornar con sus rarezas el sosiego, aparente por lo menos, del lugar.

Carlos se iba al monte, entre las encinas, a poner su perturbado espíritu en acuerdo con la serenidad de la naturaleza, a conversar con las encinas recogidas y graves, a contemplar los trigos que no dan flor, a purgarse de la ciudad.

Llegó la primavera espolvoreando de verde plumoncillo a los árboles desnudos hasta entonces; brotaban margaritas en el prado de la vaguada, junto al regajo; la respiración de la campiña se hacía más profunda, y Carlos creía sentir ya las palpitations del corazón del monte. Solía salir con su álbum a dibujar lo primero

que se le pusiese a la vista, lo cual corroboraba su crédito de hombre raro.

Una de aquellas mañanas se dirigió, por el monte, hacia la fuente. Las encinas bañadas en sosiego, hallábanse ya en candela, con su flor modesta, que apenas se destaca del severo verde gris de su hoja perpetua; el diáfano ambiente parecía un océano en que estuviese todo sumergido. Vio una niña que atravesaba el monte y que de pronto, sin motivo externo visible, dio una gambeta, y el corazón de Carlos, enniñecido ya, dio también otra. Al divisar la fuente, vio en ella una moza y se dijo: la dibujaré.

Llegó a la fuente, miró a la moza y empezó el corazón a martillarle el pecho y lanzarle golpes de sangre a la cabeza. Era una flor de salud, que lo miraba con unos ojos como montesas clave-linas. Había algo de planta, algo de movable vegetal en ella. Entreabría la boca para respirar mejor. Sus bronceados pies, desnudos, parecían sobre el césped como raíces de un turgente arbusto, el tobillo un brote, dos ramas movibles sus brazos, un follaje su encendida cabellera, y los ojos dos flores de cáliz profundo. Tan insistente la mirada, que ella bajó los ojos, avergonzada, y se recogió las faldas.

—¿Cómo te llamas?

—Marcela me llaman.

—¿De quién eres?

—Del tío Roque.

—Buen sujeto. Vaya, estáte quieta, que te voy a dibujar.

—¿Sí?

—Sí.

Y Marcela, aquietada ya ante aquel señor raro, de quien, por lo demás, había oído hablar bien en su casa, guardó inmovilidad y compostura, para salir mejor.

—¡Ah, qué guapo está el retrato!— exclamó cuando lo vio acabado.

—Es natural. Y dime, ¿tienes novio?

—¿Novio? ¡ni ganas!

—Pero lo tendrás...

—Soy muy moza todavía...

Carlos no pudo contenerse, se arrimó a Marcela, le cogió la cara con las manos y le dió un beso apretado y largo entre los labios.

—Por Dios, señorito, que eso es pecado.

—Anda, vete.

La moza se fué, y al poco rato, al oír Carlos una voz fresca y clara que cantaba entre las encinas, se dijo; me paga el beso.

Cuando volvió al lugar, se había ya puesto el sol y era tal la metálica limpieza del cielo, que parecía como si allá, tras de los tesos que lindaban con él en el horizonte, no hubiese más que el vacío, una cima cortada a pico y canto al insondable vacío.

Desde aquel día no halló Carlos descanso en el monte ni reposo en el campo; se iba tras de Marcela. Y una mañana se dijo: "Un arranque de voluntad me ha salvado una vez, otro arranque de voluntad tiene que salvarme ahora. Ya en el pueblo se han percatado de lo que llamarán mi capricho, y están todos pendientes de él, a ver en qué acaba esto. Y como no puede acabar en bien, y ni a mí ni a Marcela nos conviene que me la lleve, antes que esta pasión naciente crezca y me arrastre, voy a casarla con Atilano. Así la respetaré y me defenderé de mí mismo." Y sin esperar a más, con la decisión misma con que había dejado la ciudad, llamó a Atilano.

—¿Atilano, conoces a Marcela, la hija del tío Roque?

—¡Pues qué hacer!

—¿Te gusta la moza?

—Es la más galana del pueblo; tiene buen gusto el señorito...

—No se trata de eso —replicó Carlos severamente— sino de si a ti te gusta...

—No crea, señor, chismes de pueblo... —empezó a decir Atilano, tembloroso y confuso.

—Tampoco es eso, sosiégate. Si te gusta, cortéjala y yo te ayudaré a que sea tuya.

Hubo un momento de pausa, rota por Atilano, que mirando a su amo con ojos nuevos, exclamó:

—¡Pero eso!...

—Te entiendo, y te juro, Atilano, por lo más sagrado, por la memoria de mi santa madre, que entre Marcela y yo no hay nada; que la recibirás tan pura y limpia como su madre la trajo al mundo. Quiero haceros felices, y quiero poner entre ella y mí un muro que la proteja y me proteja, ¿me entiendes?

—Algo, señor; pero y luego...

—Luego, si consigues lo que te propongo, tu mujer será para mí más sagrada aún que pueda ser hoy la hija del tío Roque.

Y desde aquel día empezó Atilano a cortejar a Marcela, sin gran gusto de ésta y a disgusto de sus padres que la empujaban hacia el señorito, fuera como fuese. Hinchieronse las habladurías del lugar.

Pero Carlos, resuelto a llevar a cabo su propósito, azuzaba a su criado, hasta que le oyó un día a éste: "Pero si estoy arrocinado, señor, y ahora me caso con Marcela, por encima de todos y a pesar de sus padres". Y entonces fue cuando se enteró Carlos de que los padres de Marcela resistían las relaciones de ésta con Atilano, y, a pocas palabras del mozo, barruntó los verdaderos móviles de semejante resistencia, móviles de interés.

La entrevista que Carlos tuvo con el tío Roque, fue dolorosísima para aquél, obligado a contenerse. Le ofreció dotar bien a Marcela si aceptaba a Atilano por marido y el viejo astuto y socarrón dejó entrever, al aceptarlo muy complacido, que sospechaba en Carlos ciertos motivos para semejante desprendimiento. "Y siempre agradecidos, señor —añadió—. Y se casarán, ¡vaya si se casarán! ¡Y bendecirán su nombre! Y quedaremos todos a su servicio... Es muy bien de dote, muy bien de dote, lo que ofrece a la mi moza... nunca hubiera ella soñado otra cosa..."

En casa del tío Roque fue más extraña la escena, pues a las claras y no ya veladas insinuaciones de su padre, se encabritó Marcela y protestó de su inocencia y juró y perjuró y amenazó con rechazar a Atilano, porque a ella nadie la ofendía así como así, sin fundamento. El padre acabó por callar y la hija, prendada de Carlos en lo escondido de su corazón, se devanaba los sesos sin atinar bien con la conducta de éste, aunque presumiendo que la quería casada para mayor seguridad. Y aceptó al novio y aceptó la dote.

En el pueblo fue creciendo e hinchándose la marea de la murmuración, suponiendo todos que, como decían, había "gato encerrado" en el asunto. Atilano se defendía y defendía a Carlos bravamente, ante él sellábanse las bocas todas y las habladurías cesaban.

Así continuó el noviazgo, e iba Marcela arregostándose poco a poco a las visitas de Atilano, y agregándosele a él el corazón, que la costumbre todo lo puede, y soterrando en los entresijos de su alma su cariño hacia Carlos. No, el señorito no era para ella, al menos por entonces, que más adelante... ¡Oh! ¿quién pensaba más adelante? Hay que dar al tiempo lo suyo y vivir al día y no darse quebraderos de cabeza por lo que será mañana. Además, Carlos no dejaba adivinar maquinaciones para el porvenir y más bien rehuía a Marcela. Y ésta acabó por vislumbrar la verdad y, se dijo: ¡pero qué raro es este D. Carlos!

A todo esto la traicionera enfermedad volvió a hacer presa en el pobre Carlos, sin que hallara ya alivio en el campo, entre las

encinas. Sentía derretirsele la vida en flaqueza de cuerpo y pasión de ánimo.

Faltaban no más que tres días para la boda de Atilano y Marcela, amonestados ya, cuando llegó el trágico desenlace.

Encontrábase el mozo, con otros de su edad, en la taberna del pueblo, de caraba y guitareo, cuando uno de ellos, un sí es no es turbado por el vino, le sacó el cuento de su próxima boda, y le dijo:

—Buena moza te llevas, Atilano.

—No es mala.

—¡Vaya, que te aproveche!— y dió cierto retintín a sus palabras.

—¿Por qué lo dices, Emeterio?

—¡Bah! con esa dote del señorito... se conoce que te aprecia y que es generoso... y que aprecia a Marcela...

—Qué, ¿qué quieres decir? Porque yo no aguanto indirectas ni de ti ni de nadie, ¿lo entiendes?

—Ah, te me quieres alzar el gallo. ¿Sí? Pues bien, quiero decirte que tienes buen estómago... más claro ni el agua.

No bien lo hubo dicho, recibió la jarra sobre la cabeza, se trabaron de manos antes que los demás pudieran impedirlo, y en un momento, sin que nadie se hubiese percatado cómo, caía Atilano con el pecho cusangrentado. Y poco después daba su último aliento, en brazos de Carlos, a quien el golpe aturdió, al pronto, poniéndolo fuera de sí en seguida.

Del pueblo todo surgía un bronco rumor en contra de aquel intruso que se había ido a perturbar su tranquila vida; el cura, el médico, el maestro y los principales triunfaban, y ni los más socorridos por Carlos se atrevían ya a defenderlo. Pesaba una muerte sobre su cabeza; se daban pelos y señales de unas intimidades suyas con Marcela, intimidades que jamás habían existido.

Postrado en la cama por este golpe, que malogró las heridas de su alma, recibió Carlos la visita del tío Roque.

Su pobre hija quedaba en desesperación y desamparo, pues había cobrado apego y cariño a Atilano, y además, ¡ah! como se lo diría, además... sabido es lo que son los noviazgos en los pueblos cuando es segura la boda, y más estando amonestados ya, el mozo se había adelantado a gozar de lo que pronto sería suyo y por suyo lo estimaba ya.

—En fin, señor, que Marcela está encinta... y puede dar que hablar...

—Entiendo, tío Roque; dígale que venga y todo se arreglará. Y que vengan con ella usted y su madre.

Llegó Marcela con sus padres a presencia de Carlos, que se detría en su lecho de tortura. Y el pobre enfermo, sacando de debajo de su almohada un retrato, el retrato de la fuente, habló así:

—Mira, Marcela, yo he venido acá a morir de mal de corazón y a trastornar tu vida, que corría como el regajo del monte.

Aquí está este retrato que desde que lo dice me ha acompañado siempre sobre el pecho. Tuve miedo de abandonarme a mi pasión y hacerte mi querida o mi mujer, porque eso hubiera sido, estoy en ello cierto, tu desgracia y la mía. Yo no debía tener hijos y no debía encadenarme ni encadenarte. Empujé a Atilano a tus brazos por defenderme y defenderte, y mira lo que ha pasado. No llores Marcela, no llores así. Sé que eres víctima de la murmuración del pueblo y sé que llevas en tus entrañas un hijo de tu novio, que eres viuda antes de haberte casado. Pues bien, toma mi mano —la sacó febril y descarnada de entre las sábanas,— nos casaremos ahora en que se me va la vida, y vuestro hijo llevará mi nombre y suya será mi fortuna.

El estupor le contuvo las lágrimas a la pobre moza; los padres se miraban dudando si deliraba. Mas aun siendo delirio, quiso aprovecharlo el astuto tío Roque, y tras muestras de reconocimiento apresuró las cosas.

Al día siguiente, porque la vida se le iba a Carlos por momentos, se anudó el enlace. Mandó el moribundo salir a todos y se quedó a solas con su mujer.

—Ven acá, Marcela, y abrázame.

La moza lo abrazó llorando a lágrima viva.

—Dí, ¿me quieres?

—¡Mucho, señor, mucho!...

—¿Pensaste alguna vez en ser mía?

—Muchas, muchas veces...

—Sí, hubieras sido mía, pero no yo tuyo... Ahora, cuídate y cuida a tu hijo... a vuestro hijo... a nuestro hijo...

—Creerán...

—¡Déjalos que crean! Que crean ahora lo que no es verdad, ¿qué importa? Sal pronto del pueblo, ve con tus padres a vivir a otra parte. ¿Te acuerdas de la tarde de la fuente, del beso?

—Mucho.

—Pues ven, dame la boca.

Juntaron las bocas, y así, confundidos los alientos, dio Carlos el último de los suyos.

一、論

二、論

三、論

四、論

五、論

六、論

七、論

八、論

九、論

十、論

十一、論

十二、論

十三、論

十四、論

十五、論

十六、論

十七、論

十八、論

十九、論

二十、論

二十一、論

二十二、論

二十三、論

二十四、論

二十五、論

二十六、論

二十七、論

二十八、論

二十九、論

三十、論

三、論

四、論

五、論

六、論

七、論

八、論

九、論

十、論

十一、論

十二、論

十三、論

十四、論

十五、論

十六、論

十七、論

十八、論

十九、論

二十、論

二十一、論

二十二、論

二十三、論

二十四、論

二十五、論

二十六、論

二十七、論

二十八、論

二十九、論

三十、論

八

九

十

十一

十二